



Educaguía
.com

Sinopsis

Los pazos de Ulloa

1

Los pazos de Ulloa

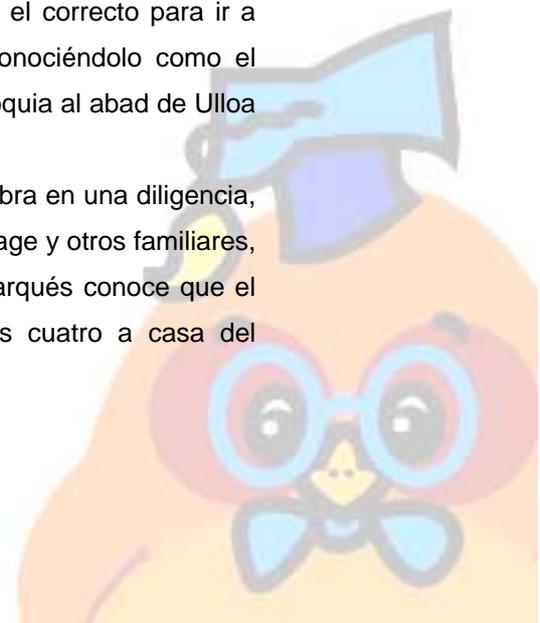
En 1886 publica la primera parte de *Los pazos de Ulloa*, en dos tomos, y en 1887, la segunda parte, en otros dos tomos, aunque esta segunda parte es la obra conocida como *La madre naturaleza*. Ed. de Clásicos Castalia, Madrid, 1993. Introducción: Marina Mayoral.

Cap. I: Se describe el galopar de un caballo, montado por un clérigo, en una gran pendiente que hay en el camino de Santiago a Orense. Cuando llega al llano, se encuentra con un peón de caminos que estaba quitando las hierbas del camino, y le pregunta si desde allí falta mucho para llegar a los Pazos del señor de Ulloa. El peón le indica la dirección en que está, y el camino a seguir para llegar a ellos; además, le dice que para llegar a ellos aún le falta un bocadito, imprecisión temporal que el clérigo no sabe descifrar. El peón continúa con su trabajo, y el clérigo con su camino, hasta que llega a la casa de un labrador en cuya puerta está una mujer amamantando a su hijo. El clérigo le pregunta si va bien para ir a casa del marqués de Ulloa, y si le queda mucho para llegar. La mujer le responde que lleva buen camino, y que le queda "la carrerita de un can", cosa que el clérigo no sabe calcular.

El viajero continúa su camino y encuentra una cruz negra con rayas blancas y se pone a rezar, pues sabe que eso significa que allí murió un hombre violentamente.

Como le había indicado el peón, llegó a un cruce, y buscó con la mirada los Pazos de Ulloa, los que dedujo que debían ser un gran edificio con torres que se divisaba en el fondo del valle. De pronto, se vio sobresaltado por unos disparos, y al volver la vista vio a tres cazadores, uno de los cuales adivinó que era un sacerdote por su manera de andar y por el sello de la orden. Nuestro clérigo preguntó si su camino era el correcto para ir a casa del marqués de Ulloa; entonces, uno de los cazadores, reconociéndolo como el capellán que su tío Lage había recomendado para ayudar en la parroquia al abad de Ulloa (que era uno de los cazadores).

El capellán les informa de que había llegado al pueblo de Cebra en una diligencia, y desde allí había ido en caballo. También les da noticias del señor Lage y otros familiares, y entrega al supuesto marqués una carta de su tío por la que el marqués conoce que el nuevo capellán se llama Julián Álvarez. Luego se encaminan los cuatro a casa del marqués.



Cap. II: Cuando llega a la casa es de noche. Les recibe una criada, Sabel, quien les conduce a una cocina donde hay una vieja sentada a la par de la lumbre, y la que, al verlos llegar, marcha rápidamente. Sabel les pone la cena, pero primero da de comer a los perros a los que alimenta muy bien, todo lo contrario que a un niño pequeño, Perucho, que se sienta en el suelo y está todo sucio.

Tras la cena, Primitivo, el otro cazador que es un criado del marqués, va en busca de unas botellas de vino por orden del marqués. El niño se refugia entre las piernas de Julián, al que pide de beber vino. Al verlo, el marqués le coge en brazos y le da vino. El niño se pone encendido por el licor, y Julián se preocupa por él; pero Primitivo se burla de él diciendo que el niño aún puede beber más. Aunque el niño no quiere, Primitivo le pone una moneda en la mano, y le da de beber el resto de vino que quedaba en la botella, lo que hace que Perucho caja tal borrachera que su cuerpo queda como inerte. Entonces, Sabel, que es la madre del niño, se lo lleva en brazos para acostarlo.

Cuando Sabel regresa, coge un velón y conduce a Julián a su habitación, del que el marqués se despide hasta el día siguiente, pues va a acompañar al abad de Ulloa hasta su casa, no sea que se caiga del caballo por la borrachera y duerma a la intemperie.

Una vez en el cuarto, reza ante una estampa de la Virgen del Carmen y se acuesta, no sin antes hacer un rápido repaso a lo sucedido durante el día.

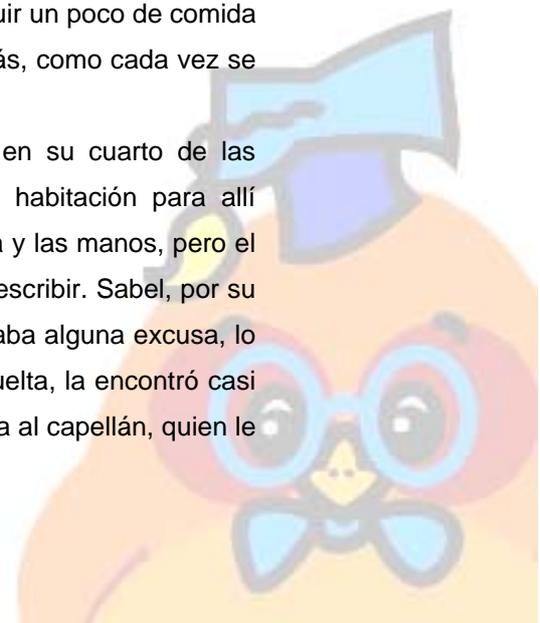
Cap. III: Despierta, y todo tiene aire de antigua abundancia y riqueza, prosperidad, aunque el aspecto que ahora tiene es bien distinto. La criada entra con el desayuno y le pide que limpie la habitación polvorienta, por el olvido de la limpieza. La había ocupado el ahora abad de Ulloa, antes capellán. Pregunta por el estado del niño, el cual es nieto de Primitivo, el mismo que lo había emborrachado. Salen en busca del marqués, el cual está en la huerta sin saber qué hacer. El marqués enseña sus posesiones a Julián hasta que llegan a una pequeña, húmeda y oscura estancia que resulta ser el archivo familiar.

Cap. IV: La tarea en los próximos días de Julián será el poner un poco de orden en aquel embrollo de papeles y libros. Descripción de la familia Ulloa.

Cap. V: Aunque Julián intenta descifrar el mecanismo de los Pazos, no era capaz de descifrar las cuentas.

El invierno hacía su presencia y el capellán se iba acostumbrando a la vida campestre. Como hacía frío, se refugiaba en la cocina, donde intentaba enseñar el abecedario a Perucho, el cual no mostraba el más mínimo interés. Sin embargo, en la cocina se formaban tertulias de las lugareñas, que acudían a conseguir un poco de comida a escondidas del marqués, lo que a Julián cada vez incomodaba más, como cada vez se le hacía más insoportable la presencia de Sabel .

Con la llegada de la primavera, Julián decidió refugiarse en su cuarto de las molestas tertulias en la cocina; pero se llevaba a Perucho a su habitación para allí continuar las lecciones, aunque eso sí, primero le lavaba bien la cara y las manos, pero el niño seguía sin mostrar el más mínimo interés por aprender a leer y escribir. Sabel, por su parte, interrumpía en la habitación del capellán siempre que encontraba alguna excusa, lo que molestaba a Julián; hasta que un día, cuando Julián se dio la vuelta, la encontró casi desnuda y muy insinuante sobre la cama, cosa que irritó sobremanera al capellán, quien le



prohibió la entrada en sus aposentos. Si Primitivo no miraba con buenos ojos a Julián, desde ese altercado con Sabel mucho menos; y es por eso por lo que Julián no encontraba su sitio en los Pazos.

Cap. VI: De todos los curas y señores de la región, el único que cayó bien a Julián fue el párroco de Naya, un pueblo cercano a los Pazos de Ulloa, D. Eugenio; y por eso, cuando este le invitó a pasar con él la festividad del patrono del pueblo (que precisamente era san Julián), no dudó un momento.

Llegado el día, Julián fue andando a Naya, pues no quiso ir en el caballo que el marqués D. Pedro le había ofrecido. Tras la procesión y la misa patronal, se reunieron en casa de Don Eugenio los clérigos de la región, así como las personas más principales de la comarca, como el señorito de Limioso. El único que faltaba a la comida era el marqués de Ulloa, el cual apareció por escasos momentos, en el momento del postre, pues se iban a cazar codornices.

La comida fue muy animosa, aunque a Julián le parecía bochornoso que todas las conversaciones se encaminasen por la vía terrenal.

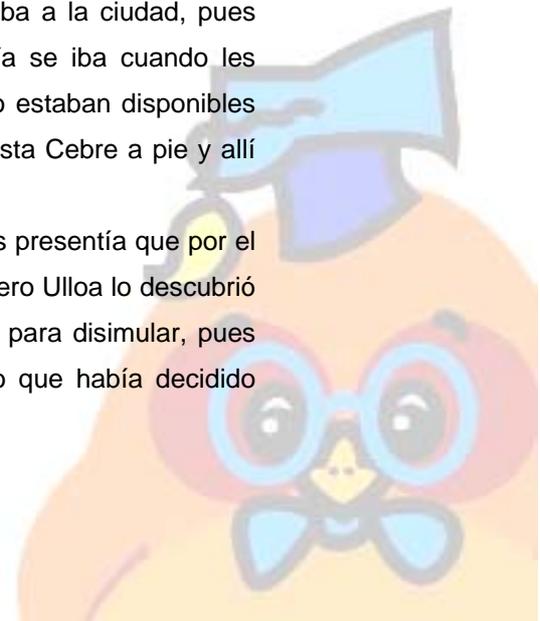
Después, D. Julián y D. Eugenio salían a dar un paseo por la huerta hasta que llegó la hora del baile. En este paseo, Julián se enteró de que Sabel estaba amancebada con el señor de Ulloa, y de que Perucho era hijo de ambos, cosa que le sorprendió mucho, pues nada había sospechado

Cap. VII: cuando Julián regresa a los Pazos, se encuentra que, en la cocina, D. Pedro está fuera de sí, y está maltratando a Sabel porque la había encontrado con otro hombre y no tiene la cena preparada. Julián intenta apaciguar la situación, cosa que solo se consigue con la llegada a la cocina de Pimitivo. Julián propone al marqués salir a tomar el aire, y ambos hablan con sinceridad. El marqués le cuenta al capellán que, aunque le gustaría deshacerse de Primitivo y su hija, no puede hacerlo, pues Primitivo tiene amenazada a toda la comarca si a alguien se le ocurre ir a trabajar a los Pazos en sus lugares.

Entonces, Julián aconseja al marqués que salga de la hacienda y vaya al pueblo, pues allí seguro que encuentra una mujer de su posición con la que casarse, y en ese tiempo Sabel se habrá casado con algún mancebo de su clase. Estando en esto, se dan cuenta de que Primitivo les ha estado escuchando.

Cap. VIII: a la mañana siguiente, Julián se estaba aseando para irse a Santiago cuando llegó D. Pedro todo arreglado y le dijo que él también se iba a la ciudad, pues hacía tiempo que no veía a su tío de la Lage y a sus primas. Ya se iba cuando les interrumpió Primitivo para informarles de que la yegua y el burro no estaban disponibles para que ellos los montasen, así que decidieron hacer el camino hasta Cebre a pie y allí coger la diligencia a Santiago.

El marqués de Ulloa, antes de partir, cogió su escopeta, pues presentía que por el camino Primitivo les podría jugar una mala pasada. Y así iba a ser, pero Ulloa lo descubrió entre el ramaje antes de que pudiese disparar contra el capellán, y para disimular, pues Julián no se había enterado de nada, salió de su escondite y dijo que había decidido acompañarles.-



Cap. X: D. Pedro es recibido con gran algarabía por su tío y sus primas Rita, Manolita, Marcelina y Carmen (el primo Gabriel estudia fuera). Enseguida toman confianza con su primo y se dedicaron a enseñarle todo cuanto en la casa había. Se muestra cierto interés del señor Pardo de la Lage porque una de sus hijas se case con D. Pedro Moscoso, y den D. Pedro por Rita. Julián, por su parte, fue en busca de su madre.

Cap. X: D. Pedro sospecha que su prima Rita es un poco "ligera", pues siempre se muestra muy graciosa con los hombres, y les sigue la corriente. Preocupado por esto, pide consejo a Julián, el cual le dice que la mejor de las cuatro es Marcelina, ya que es muy bondadosa, recatada y religiosa. A partir de entonces, intenta caer mejor a Marcelina y ganarse algo más que su cariño, pero no puede evitar sentirse atraído por Rita.

D. Pedro conoce en el Casino a un señor que parece conocer todo lo que se "cuece" en casa de los Pardo de la Lage, y el marqués de Ulloa sospecha de él.

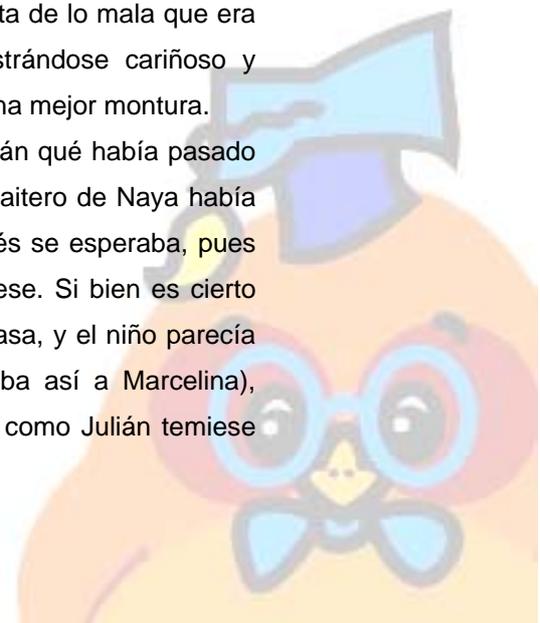
Cap. XI: todos piensan en casa de la familia de la Lage y fuera de ella, que D. Pedro pedirá la mano de Rita, y cuál será la sorpresa de todos cuando un buen día el marqués de Ulloa se presenta en el despacho de su tío y le pide la mano de su hija Marcelina. La boda se celebra poco después con una ceremonia sencilla y unos pocos invitados, y todo ello en un ambiente no muy alegre. Rita, por su parte, se fue a pasar una temporada a casa de su tía Marcelina, en Orense.

Cap. XII: Julián parte para los Pazos para preparar todo antes de la llegada de los señores Ulloa. En contra de todas las premoniciones, encuentra a Primitivo muy cordial, incluso no le lleva la contraria cuando propone ciertas reformas. Toda la casa está arreglada y ya no hay tertulias en la cocina de las lugareñas. También es informado de que Sabel tiene previsto casarse con el gaitero de Naya; y él, para escuchar una opinión respecto a todo aquello, va a ver a D. Eugenio, el cual se encuentra muy alterado, porque las últimas noticias que traen los periódicos es que el ejército se ha sublevado, y que ya la reina Isabel II está en Francia..

Cap. XIII: el marqués de Ulloa cada vez se encontraba más incómodo en la ciudad. Ya no se divertía en el Casino y las discusiones con su suegro cada vez eran más subidas de tono; así que una madrugada lluviosa de Marzo subió en un carruaje con su esposa rumbo a los Pazos de Ulloa. Según se iba acercando a Cebre, D. Pedro se mostraba más alegre y entusiasmado, enseñándole a un lado y a otro sus posesiones. Al llegar a Cebre, les esperaban el impávido Primitivo y el amable Julián.

Ya iba a montar en la yegua el marqués cuando se dio cuenta de lo mala que era la burra destinada a ser montada por su esposa, así que, mostrándose cariñoso y complaciente con ella, fue, acompañado por Primitivo, en busca de una mejor montura.

Cap. XIV: en cuanto pudo, D. Pedro le preguntó a su capellán qué había pasado con Sabel, y este le respondió que aún no se había ido porque el gaitero de Naya había tenido problemas con los papeles para casarse, cosa que el marqués se esperaba, pues estaba convencido de que Primitivo no permitiría que su hija se fuese. Si bien es cierto que tanto a Primitivo como a Sabel apenas se les veía por la casa, y el niño parecía que se lo hubiese tragado la tierra. Nucha (todo el mundo llamaba así a Marcelina), gustaba de recorrer toda la casa y enterarse de todas las cosas, y como Julián temiese



que se enterase de la relación entre Sabel y Perucho con D. Pedro, siempre la acompañaba.

Un día, Nucha encontró en el gallinero al ladrón de huevos, que resultó ser Perucho (el que le dijo que era hijo de Sabel), y al verlo tan desvalido decidió ser su protectora; para ello le compró vestido y calzado, y decidió enviarlo a la escuela. Nucha se divertía mucho viendo las diabluras de Perucho.

Cap. XV: los días siguientes se dedicaron, esposos y capellán, acompañados por dos mozos, a visitar a las personalidades principales de la comarca, como el juez y su esposa en Cebre, el Arcipreste de Loiro y el decadente Pazo de los Limioso.

Cap. XVI: Nucha se pone de parto y D. Pedro marcha a Cebre a por el médico, Máximo Juncal, el cual no llega hasta la mañana siguiente, pero aún llega con tiempo de sobra, pues parece que el parto va para largo.

Como Máximo no cree que Nucha pueda amamantar al niño, el marqués sale en busca de la hija de su casero a Castrodorna, localidad cercana, que hace dos meses que ha dado a luz y será buena ama de cría.

Las horas pasan y Nucha no termina de dar a luz, lo que cada vez preocupa más a Máximo y a Julián. Cuando llega D. Pedro con la muchacha ya era de noche. Entre tanto, lo único que a Julián se le ocurre para ayudar es rezar.

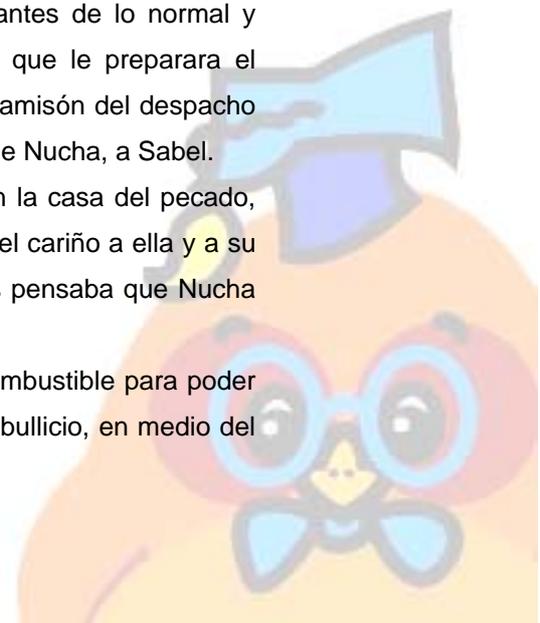
Cap. XVII: como Nucha no acababa de dar a luz, Máximo y D. Pedro se armaron de paciencia para la espera; mientras que Julián se fue a su cuarto y se puso a rezar. Así estuvo durante toda la noche hasta que, al alba, interrumpió D. Primitivo sus oraciones para informarle de que había sido una niña, lo que provocó que se desmayase, no solo, no solo por la emoción, sino porque también tenía las articulaciones entumecidas por haber pasado toda la noche en la misma posición orando. Por su parte, el marqués de Ulloa no estaba de muy buen humor, pues todas sus esperanzas estaban puestas en que Nucha le diese un hijo que heredase.

Cap. XVIII: cuando Nucha estuvo un poco mejor, recibía la visita diaria de Julián, el cual poco a poco se iba familiarizando con la niña, de la que cuidaba personalmente Nucha. Solo la dejaba en manos de la ama cuando la niña tenía que mamar. Sin embargo, D. Pedro había vuelto a la caza y a visitar a los hidalgos de la comarca y descuidaba a su esposa y a su hija. Además, Sabel había vuelto a tomar el mando en la cocina y volvían a encontrarse mujeres por ella.

Julián confirmó sus sospechas cuando un día se levantó antes de lo normal y llamó insistentemente a la puerta de la habitación de Sabel para que le preparara el desayuno, y no obtuvo respuesta. Bajó las escaleras y vio salir en camión del despacho del marqués donde este se había instalado desde el alumbramiento de Nucha, a Sabel.

Cap. XIX: Julián no quería permanecer ni un minuto más en la casa del pecado, así que se hubiese ido, a no ser que se acordó de la pequeña y por el cariño a ella y a su madre, decidió quedarse un día más, y luego ya no pudo irse, pues pensaba que Nucha necesitaría su apoyo.

A la noche siguiente, cuando bajaba a la cocina a buscar combustible para poder leer y rezar, se encontró que estaba llena de gente y había un gran bullicio, en medio del



que la vieja María la Sabia echaba las cartas a Sabel. Julián creyó entender en las explicaciones de la Sabia que algo malo pasaría a Nucha, y a su hija.

Cuando Julián regresó a su cuarto, no estaba nada tranquilo, por lo que no podía dormir. En medio de la oscuridad oyó un grito, así que, aunque muerto de terror, cogió un velón y se dirigió al lugar del que salían los gritos, pues creía que se estaba cumpliendo aquello que había dicho la Sabia.

Al llegar al pasillo que dividía el archivo de la habitación de Don Pedro, se encontró a Nucha con la cara desencajada de horror y su esposo con un arma; entonces Julián se interpuso entre ambos, temiéndose ya lo peor. De pronto, se dio cuenta de que por lo Nucha gritaba era por la presencia de una enorme araña, la cual mató rápidamente D. Pedro.

Después de este percance, Julián se volvió a su habitación, pero no pudo dormir bien en toda la noche, pues esa noche tuvo toda una sucesión de pesadillas.

Cap. XX: cuando Julián despertó, el día era totalmente desapacible, hacía aire y el cielo estaba cubierto de nubarrones, lo que no le ayudó a alejar de sí el desasosiego producido por las pesadillas. La casa le parecía fantasmagórica, así que se refugió en el cuarto de Nucha, la cual también estaba miedosa, pues en la oscuridad le parecía ver fantasmas y degollados por todas partes. Así que, venciendo su miedo, Nucha bajó al sótano acompañada de Julián para buscar un baúl en que guardar la ropa blanca que tanto miedo le infundía en la oscuridad.

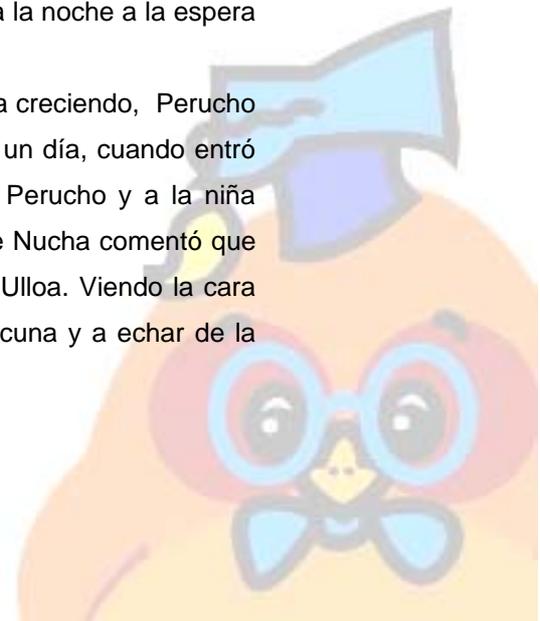
Cuando regresaron a la habitación de Nucha, seguía llorando, lo que unido a la bajada al sótano, provocó que a Nucha le diese un espasmo de nerviosismo.

Cap. XXI: la señora de Ulloa seguía mejorando, y el señor seguía con sus cacerías. Una noche se armó gran algarabía en la cocina, pues al día siguiente iba a ir de caza el señor de Limioso, el notario de Cebre, el cura de Boán, el de Naya, Primitivo y un cazador furtivo al que llamaban "hocico de ratón" y, por supuesto el marqués de Ulloa. Todos ellos se quedaron esa noche esa noche a dormir en el Pazo, para partir a la mañana siguiente, y se entretenían contando historias de cazadores.

Don Eugenio, el cura de Naya, invitó a Julián a acompañarlos aunque fuese solo un día, y este no pudo excusarse.

Cap. XXII: a la mañana siguiente, en el alba parte la cacería, siendo el objeto de todas las burlas Julián por su inapropiada vestimenta. Como Julián no consiguió derribar a ninguna perdiz, como una especie de castigo, le dejaron durante toda la noche a la espera de la liebre.

Cap. XXIII: con el paso del tiempo, y a medida que la niña iba creciendo, Perucho se iba ganando más el cariño de Nucha y de la niña, tal es así que un día, cuando entró Julián en el cuarto de Nucha como era costumbre, se encontró a Perucho y a la niña bañándose en el mismo balde. Estaban tan felices los dos niños que Nucha comentó que parecían hermanos, lo que causó gran impresión en el capellán de Ulloa. Viendo la cara que había puesto Julián, Nucha se apresuró a llevar a su hija a la cuna y a echar de la habitación a Perucho.



Nucha preguntó a Julián si Perucho era hijo de su marido, pues ella misma lo había pensado alguna vez. Julián no pudo más que mentir a la señora de Ulloa, y decirle que no se sabía de quién era el niño, que era probable que fuera del gaitero de Naya, el que había visto en varias ocasiones con Sabel. Nucha pidió a Julián que le dijese a su esposo que echase de la casa a Sabel y a Perucho, pues no quería verlos, pero Julián dijo que ya se lo había dicho en varias ocasiones, y que ninguna había dado resultado. Entonces, Nucha dijo que ella misma exigiría a su marido que echase de la casa a Sabel y a su hijo.

Cap. XXIV: el país estaba muy agitado por las revueltas políticas, lo que llegaba hasta las montañas de Galicia donde Barbacana, líder carlista, y Trampeta, liberalista, se disputaban el gobierno. Toda la comarca estaba alterada por la política, y más aún cuando por el bando conservador se presentó la candidatura del marqués de Ulloa, respaldado por los señores principales, los curas y Barbacana.

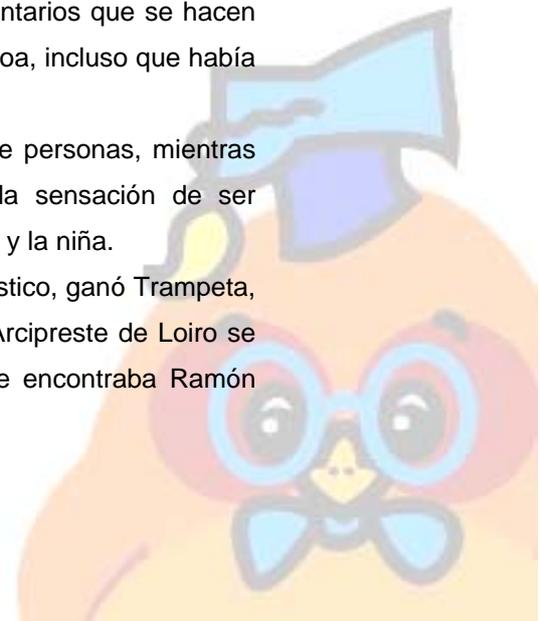
Desde entonces, los Pazos de Ulloa recibían a toda clase de gente que apoyaba al señor Ulloa. D. Pedro mandó restaurar la capilla para agradar a los curas, con el Arcipreste de Loiro a la cabeza, y pavonearse ante las demás personalidades. A la tarea de arreglar la capilla se dedicaron Julián y Nucha, la cual no se apartaba un instante de su niña, y si por algún motivo no la encontraba donde esperaba hacerlo, le daba un ataque de histerismo.

A todo esto, Julián cada vez la encontraba más reservada y triste, así como con un aspecto más enfermizo. Un día, mientras estaban arreglando la capilla, Julián se fijó en que Nucha estaba más triste que de costumbre, y le pregunto que qué le pasaba, pero ella dijo que no le pasaba nada. Pero Julián se fijó que en las muñecas de la señora de Ulloa había unas marcas como de malos tratos, y Julián se acordó de dos años atrás, cuando sorprendió a D. Pedro maltratando a Sabel. Iba a preguntarle por los hematomas cuando se vieron interrumpidos por el marqués, que iba a enseñar los trabajos de restauración a unos amigos.

Cap. XXV: Trampeta fue a la ciudad, a la casa del gobernador, a pedirle dinero con el que comprar algunos votos. Le dice también al gobernador que es totalmente necesario, pues el marqués de Ulloa está acallando habladurías gracias al preciado metal, el cual tuvo que pedirle a Primitivo, pues él no tenía, y su suegro, el señor Pardo de la Lage, tampoco tenía la cartera para muchas fiestas. Por otro lado, camino a los Pazos de Ulloa, el cura de Naya cuenta al Arcipreste de Loiro todos los comentarios que se hacen en la comarca acerca de las cosas que suceden en la casa de los Ulloa, incluso que había una relación entre Nucha y Julián.

Cap. XXVI: la casa seguía siendo un constante ir y venir de personas, mientras que Julián sentía la acechante mirada de todos ellos, y tenía la sensación de ser constantemente vigilado, y por ese motivo racionó las visitas a Nucha y la niña.

Por fin, llegó el día de las elecciones, pero contra todo pronóstico, ganó Trampeta, aunque por el método del "pucherazo". Tras saber el resultado, el Arcipreste de Loiro se encaminó a casa del abogado Barbacana, en Cebre, en la que se encontraba Ramón



Limioso, D, Eugenio de Naya y el cura de Boán. Estaba muy tranquilo Barbacana, pues intuía el resultado electoral, pues presentía la mano negra de Primitivo en todo aquello.

Estando en esto, empezaron a oírse voces amenazantes de muerte contra Barbacana, el señor de Ulloa y todos aquellos del bando contrario al ganador. Todos los que se encontraban en casa de Barbacana, además de un bandido llamado "el tuerto", salieron a "barrer a palos" a aquellos que armaban semejante algarabía; luego, victoriosos, regresaron a casa del abogado, donde Barbacana les esperaba. Después, cada uno se fue para su casa, quedándose Barbacana en compañía de "el tuerto".

Cap. XXVII: Desde la derrota de Don Pedro Moscoso (marqués de Ulloa) en las elecciones, este apenas hablaba durante las comidas, y Nucha estaba más decaída que nunca. Julián se hizo el firme propósito de apoyarse en la fe y en la resignación para dar aliento a Nucha, la cual casi ya ni hablaba.

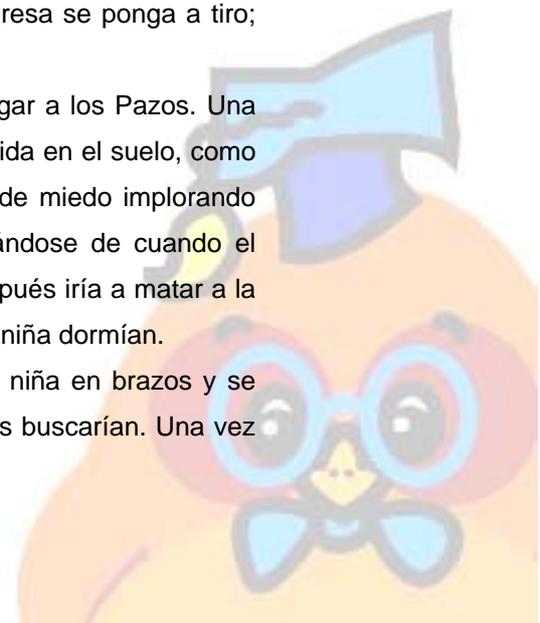
Un día, al terminar la misa como de costumbre, Nucha habló con gravedad a Julián (sabía que la capilla era el único sitio en el que no eran observados), y le contó que sabía que Perucho era hijo de su esposo y Sabel, pero que eso podía soportarlo, lo que la aterrorizaba era, no ya que le pasase algo a ella, sino que temía por la vida de su hija, y por eso pedía la ayuda del capellán para poder huir a Santiago a casa de su padre. Julián, por su gran piedad y afecto tanto a la señora Ulloa como a su hija, decidió ayudarla.

Cap. XXVIII: Perucho había sido echado de la capilla por Julián para poder hablar a solas con Marcelina (Perucho ayudaba en la misa a Julián, y por ello Julián le daba unas monedas), y no había cobrado su sueldo. Entonces fue a la cocina en busca de su abuelo, el cual le había ofrecido unas monedas a cambio de que le avisase si Nucha se quedaba en la capilla después de acabada la misa. Primitivo, al oír las palabras del niño, corrió a la capilla y enseguida volvió a la cocina para preguntarle a Sabel si sabía dónde estaba D. Pedro. Como el marqués de Ulloa había salido a cazar cerca de Cebre, Primitivo salió en su busca, y tal era la prisa que llevaba que ni siquiera cogió su sombrero y su escopeta. Por el camino le alcanzó Perucho, al que ofreció más monedas por ayudarle a buscar al señor de la casa.

Perucho enseguida encontró a D. Pedro, al que contó que la señora estaba hablando con el capellán en la capilla. Al oírlo, el marqués salió corriendo para los Pazos de Ulloa; y Perucho fue en busca de su abuelo para decirle que ya había encontrado al señor, y a reclamar su recompensa. Por el camino, vio al tuerto de Castrodorna, que tenía un arma y estaba agazapado como cazador que espera a que su presa se ponga a tiro; entonces vio a su abuelo y cómo el tuerto lo batía de un solo tiro.

Al ver a su abuelo en el suelo, corrió cuanto pudo hasta llegar a los Pazos. Una vez allí fue a la capilla donde se encontró a la señora Marcelina tendida en el suelo, como si estuviese muerta, al señor D. Pedro violento y a Julián muerto de miedo implorando clemencia a Dios y a su señor. Perucho, en su inocencia, acordándose de cuando el marqués le había maltratado a él y a su madre, y pensando que después iría a matar a la niña, se dirigió con sigilo a la habitación de Nucha, donde el ama y la niña dormían.

Perucho, sin pensarlo un momento, tomó con delicadeza la niña en brazos y se refugió en el hórreo, pues pensaba que sería el último sitio donde los buscarían. Una vez



allí, Perucho hizo toda clase de carantoñas a la niña hasta que quedó dormida y, poco después, él también se durmió.

De pronto, se despertó porque el ama le daba golpes, y pudo ver que la niña ya no estaba allí, y él, como un niño al fin y al cabo, se puso a llorar.

Cap. XXIX: aquel día en la capilla, Julián fue acusado por D. Pedro de relacionarse amorosamente con Nucha, y por eso fue despedido de los Pazos de Ulloa en el acto.

Cuando Julián llegó a Santiago, fue llamado a la presencia del Arzobispo, el cual demandaba una explicación. Julián contó toda la verdad de lo sucedido, y el arzobispo lo envió a una parroquia en lo más remoto de la montaña gallega, como si de un destierro se tratase. Meses después se enteró de la muerte de Nucha, lo que le infundió ánimos para arreglar la iglesia y ayudar a la gente de la parroquia, pues sabía que la muerte era lo mejor que podía haberle sucedido a Marcelina Pardo.

Diez años más tarde, Julián recibe la noticia de que el Arcipreste le ha ascendido, y lo envía a la parroquia de Ulloa.

Cap. XXX: Julián llegó al próspero Cebre, donde el viejo Barbacana cedía a Trampeta en la política, y de allí se dirigió a los Pazos de Ulloa, inmutables al paso de los años. El camino se le hacía dificultoso a Julián, pues el peso de los años le había envejecido en extremo. Al llegar al cementerio de Ulloa, no pudo resistir el buscar la tumba de Nucha, ante la cual se puso a llorar hasta que fue interrumpido por dos alegres jóvenes: el adolescente Perucho y la, aún niña, hija de Nucha.

APÉNDICE: BREVE NOTICIA DE LAS FAMILIAS

D. Pedro Moscoso de Cabreira y Pardo de la Lage: huérfano de padre siendo niño. El abuelo era afrancesado. Los Pardo de la Lage vivían en una casa solariega, cerca de la de Ulloa. Al morir la madre de D. Pedro, el mayorazgo de la Lage se casa con una señorita en Santiago, y D. Gabriel, el segundón, se fue a los Pazos de Ulloa para acompañar a su hermana (viuda Doña Micaela). Gabriel asumió el mando de los Pazos y contrató como administrador al exclaustrado fray Venancio; y educaba a su sobrino a su imagen y semejanza.

Después del asalto y robo de las onzas de oro de Doña Micaela, fray Venancio murió y doña Micaela poco tiempo después. Tras el fallecimiento de Micaela, Gabriel contrató a Primitivo, con gran puntería, y a su hija como criada.

Gabriel sufrió un ataque de gota y se fue a vivir a la villa de Cebre, donde se había casado en secreto con la hija del carcelero. Antes de morir, dejó todo en herencia a sus tres hijos y nada a su sobrino D. Pedro.

Alberto Moscoso, padre de Don Pedro, había tenido un pleito con el marqués de Ulloa.

El verdadero marqués de Ulloa vivía en Madrid, y no le importaba que un pariente suyo disfrutase gratis del título, pues él era el legítimo.

